

Lamennais y la novela social mexicana del siglo XIX:¹ un primer acercamiento

ADRIANA SANDOVAL
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Ignacio Manuel Altamirano fue quien probablemente primero denominó a las producciones de un grupo de novelistas de poco después de mediados del siglo XIX, en sus *Revistas literarias de México*, como “novelas sociales”: “José Rivera y Río, ya conocido por sus bellas composiciones poéticas, como Díaz Covarrubias, también publicó varias *novelas sociales*” (64; las cursivas son mías). Los cuatro mencionados bajo esta denominación² son José Rivera y Río (?-1890), Pantaleón Tovar (1828-1876), Juan Díaz Covarrubias (1837-1859) y Nicolás Pizarro (1830-1895). Hasta ahora, el tercero ha sido el más estudiado de los tres, en particular por Clementina Díaz y de Ovando, quien no sólo escribió un amplio y documentado estudio introductorio a sus obras, sino que se ocupó de recuperar y editar la mayor parte de sus escritos. Díaz Covarrubias ha sido, asimismo, el más republicado.³ Estos novelistas se insertan plenamente en la corriente del liberalismo mexicano, sazonado con grandes dosis de romanticismo y otras de un catolicismo en busca de sus orígenes cristianos. Entre la corriente del catolicismo, hay

¹ Agradezco a los doctores Mauricio Beuchot y Carlos Illades sus atentas lecturas de este artículo, al igual que sus comentarios.

² Véase Warner, Carballo y Oseguera.

³ En el 2000 Conaculta publicó una edición en la colección “Clásicos para nuestro tiempo”, con una presentación de mi autoría.

que mencionar la presencia de Hugues-Felicité Robert de Lamennais (1782-1854).⁴

Antes de hablar de Lamennais, habría tal vez que mencionar la corriente llamada romanticismo social, en la que es posible ubicar a estos cuatro escritores mexicanos. Siguiendo a Roger Picard, las “novelas sociales” (como su nombre lo indica), son las que se ocupan de problemas sociales⁵ —también vinculados con los económicos, e incluso políticos—, con afanes reformadores y planteando, con frecuencia, soluciones. Esta variante romántica está vinculada, en muchos casos, con el liberalismo.⁶ Los escritores sociales tienden a confiar de manera intrínseca en la bondad innata del hombre. No consideran que algunos pecados (que también son delitos) que cometen los hombres y mujeres pobres y marginados, sean producto del ejercicio de su libre albedrío —es decir, reconocen la importancia de factores externos como la educación, el medio ambiente en el que crecen y se desarrollan: en una palabra, el medio; piensan que la sociedad y sus gobiernos comparten esta responsabilidad y que en la medida en que se lleven a cabo mejoras en la distribución de la riqueza (a través de la caridad y de la filantropía: básicamente, de la idea religiosa de ayudar al prójimo), y de la preparación educativa de los pobres (idea fundamental para Tovar), será posible llegar a una sociedad más humanitaria, menos delictiva. Tienen fe en el progreso y creen que el

⁴ Desde luego, Lamennais no fue la única influencia en el área religioso-política en México. Para su influencia en el ámbito de la poesía decimonónica mexicana, en particular la de esta época, con base en el caso de Manuel Carpio, véase el artículo de Pablo Mora, “Manuel Carpio: poeta entre ruinas”, en *Literatura Mexicana* 11.1 (2000): 61-77 y del mismo autor, “Restauración y catolicismo en las letras de México: 1830-1850”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, ed. Rafael Olea, México: El Colegio de México, 2001, 615-630, donde se mencionan otros personajes leídos en México, como Chateaubriand, Bossuet, *et al.*

⁵ El siglo XIX fue en gran medida el siglo de la “cuestión social”, como lo indica Alain Pessin.

⁶ Huelga decir que las características aquí mencionadas son en términos generales, y que hay variaciones individuales de matices entre un escritor y otro. Hay que añadir, además, que no todo el romanticismo estaba ligado con el liberalismo (véanse los artículos de Mora, con respecto a algunos poetas mexicanos conservadores); en España, por ejemplo, hay una corriente conservadora, representada, entre otros, por Fernán Caballero (véase Flitter).

hombre es capaz de perfeccionamiento. Confían en que el futuro será mejor, y desean contribuir con sus ideas para llegar a ese objetivo. En esa medida, muchos de sus escritos tienen un tinte utópico. Las soluciones planteadas descansan, en muchos casos, en una concepción religiosa del mundo, vinculada con la necesidad de practicar los valores cristianos originales, como el amor al prójimo y la caridad.

Como continuación de la concepción dieciochesca de “instruir deleitando”, para estos románticos sociales la literatura se convierte en un vehículo importante de educación, de propuestas y de consuelo.⁷

Jesús Reyes Heróles (230) y otros estudiosos del liberalismo y del periodo de la Reforma ya han advertido la importancia que Lamennais significó para varios escritores mexicanos del siglo antepasado, aunque todavía no se ha ahondado en el tema: el propósito de este artículo es ofrecer un acercamiento a esta veta. Este aristócrata bretón, de la primera generación de románticos franceses,⁸ publicó junto con su hermano Jean-Marie, en 1808, un texto cuyo título se explica por sí mismo: *Reflexiones en torno al estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII y a su situación actual (Reflexions sur l'état de l'Église en France pendant le 18ème siècle, et sur sa situation actuelle)*, cuya propuesta era una revitalización del catolicismo y de la Iglesia francesa.⁹ El involucramiento de Roberto con la Iglesia lo llevó a seguir a su hermano en la carrera del sacerdocio, de manera que se ordenó ocho años después, en 1816.

Bajo la guía de su director y consejero espiritual, Lamennais escribió lo que fue el primer volumen de su *Ensayo en torno a la*

⁷ Vale la pena mencionar que, en la época romántica, como escribe Vareille, “todos los criterios (estéticos, estructurales, morales, sociales) se mezclan y se entremezclan” (11).

⁸ Dado el relativo desconocimiento de este personaje, me permito incluir algunos datos de su vida y trayectoria que pueden ayudar al contexto del artículo.

⁹ En el catálogo de la Biblioteca Nacional de México existen las siguientes obras de Lamennais: *De la indiferencia en la religión* (Cadiz, 1820); *De la indiferencia en la religión* (Cadiz, 1821); *Defensa del ensayo sobre la indiferencia en la religión* (París, 1835); *Oeuvres complètes* (París, 1836-37); *Paroles d'un croyant* (París, 1913); *La religión considerada en sus relaciones con el orden político y social* (Valladolid, 1826); *L'imitation de Jesu Christ* (París, 1844).

indiferencia religiosa (*Essai sur l'indifférence en matière de religion*), a fines de 1817. Esta apología de la religión gozó de un éxito inmediato (Oldfield 11), dado que el proceso de secularización y laicismo posterior a la Revolución francesa había propiciado, en algunos medios, una búsqueda religiosa y artística, alimentada, asimismo, por el elemento espiritual del romanticismo. El segundo volumen, aparecido tres años después, no gozó del mismo éxito e incluso fue objeto de numerosas críticas. En respuesta, Lamennais escribió su *Defensa de un ensayo en torno a la indiferencia religiosa* (*Défense de l'Essai sur l'indifférence en matière de religion*, 1821). Los volúmenes tres y cuatro aparecieron dos años después, en 1823.

Lamennais y varios de sus discípulos, amigos y simpatizantes,¹⁰ formaron la Congregación de San Pedro (1828), cuyos propósitos eran vincular a la religión con las necesidades del mundo moderno, dentro del contexto de una situación mundial cambiante, así como crear “un conjunto de doctrina católica que abarcara la teología, la filosofía y las ciencias” (Bénichou 134). Durante trece meses, a partir de agosto de 1830, Lamennais, junto con algunos miembros de su congregación, lanzó el periódico *L'Avenir* (1830)¹¹ (*El Porvenir*),¹² a fin de promover tanto la religión como la libertad: su lema era “Dios y Libertad”.¹³ Ahí se hacía un llamado a los católicos para llevar a cabo un movimiento a favor de la democracia política y la justicia económica, se planteaban principios democráticos para la Iglesia, y se proponía la separación entre ésta y el Estado.¹⁴ Estos creyentes franceses que fueron parte de un

¹⁰ Entre ellos se encontraban Henri-Baptiste Lacordaire, hijo de un cirujano borgoñés, cura y liberal; y el conde Charles de Montalembert, un aristócrata romántico con los ojos puestos en el medioevo.

¹¹ El número de suscriptores del periódico era muy bajo (alrededor de 2000), pero su influencia entre los católicos, especialmente los jóvenes, fue significativa (Johnson 387).

¹² Bénichou señala que “esta preeminencia del porvenir sobre el pasado es quizá el carácter distintivo más determinante del neo-catolicismo” (129).

¹³ José Rivera y Río retoma literalmente esta proclama en *La virgen del Niágara* (8).

¹⁴ Johnson señala que si bien Lamennais no acuñó el término “democracia cristiana”, sin duda ése parecía ser el objetivo hacia el que lo llevaban sus ideas, y que se concretó con mayor claridad un siglo después (386).

nuevo movimiento en la Iglesia francesa, manifestaban una preocupación romántica por el medievalismo, con un lenguaje exaltadamente romántico, animado por fuertes emociones. Si bien algunos sentimientos similares estaban apareciendo en otras partes del mundo —como en el llamado “Movimiento de Oxford”—, la característica específica de la versión francesa se manifestaba en la obsesión de Lamennais con la fuerza social de la Iglesia (Johnson 385). El siguiente párrafo, escrito por Pantaleón Tovar en *Ironías de la vida*, está inspirado por este mismo espíritu:

Solo el catolicismo, todo amor, todo caridad, es la sola creencia que está hermanada con el progreso y la libertad de los pueblos; ES LA ÚNICA RELIJIION VERDADERA REVELADA POR DIOS A SUS PROFETAS; es la sola moral benéfica y previsoras capaz de contener el jérmén del mal, de inspirar el amor al bien, y de vigorizar el espíritu del que padece para detenerlo a la orilla del abismo del crimen, adonde se acerca por su flaqueza y por su debilidad. / Enséñensele al pueblo los dogmas de la fe cristiana, divina en su orijen, respetable y sagrada en sus misterios; infúndasele en la conciencia *la sencillez y pureza de esos dogmas*; el respeto a la Divinidad, el amor al prójimo y la paciencia en los trabajos; enséñesele a adorar a ese Dios santo y bueno, con la fe del corazón; con el entusiasmo de esa fe purísima que es un homenaje de gratitud que se tributa al Dueño de la vida, al Criador de la tierra; hágasele conocer que su verdadera patria es el cielo, y que los hombres deben amarse y socorrerse los unos a los otros, para hacerse más soportable el tránsito en este mundo; y después, cuando sus almas hayan alimentádose con el pan de la vid, háganseles conocer sus derechos y sus deberes sociales, para que sepan sostener su dignidad, humillándose delante de la RAZÓN DIVINA, y respetado las leyes civiles como la salvaguardia de sus derechos; y entonces, y *sólo entonces*, será cuando disminuyan considerablemente todos esos crímenes que tan lijeramente hemos señalado, y que nos es difícil enumerar (IV 334-335; los énfasis son del autor).

Frente a las críticas de algunos obispos franceses, Lamennais y sus seguidores intentaron, ingenuamente, conversar con el Papa sobre las cuestiones religiosas que los inquietaban.¹⁵ Las entrevistas

¹⁵ Al aceptar la autoridad del Papa, en principio, Lamennais rechazaba el galicanismo y se pasaba del lado del ultramontismo. Pero esa historia no es de la incumbencia de este trabajo.

fueron infructuosas.¹⁶ Seis meses después, Lamennais recibió del papa Gregorio XVI la encíclica *Mirari vos* (1832), donde, sin mencionar el nombre del bretón, se condenaban las ideas expuestas en *L'Avenir*, y se asumía una posición en contra de sus ideas “subversivas”. Las relaciones entre el bretón y la Iglesia se hicieron crecientemente tensas, y en 1834 Lamennais publicó *Palabras de un creyente* (*Paroles d'un croyant*), donde hacía un llamado a que los humanos dejaran de explotar a otros humanos, se declaraba en contra de cualquier tiranía y defendía la democracia dentro de la Iglesia.¹⁷ Alfredo de Paz escribe que en este libro el bretón “se encontraba con los teólogos socialistas y propugnaba un sistema asociativo que hiciese desaparecer los monopolios y la miseria” (182). En ese libro, en palabras de Cole,

se manifestó, en prosa llena de entusiasmo y con frecuencia próxima en espíritu a la poesía, en completo acuerdo con el credo radical. Las *Paroles* son una declaración vehemente contra la opresión del pueblo, contra los reyes y los gobiernos dominados por la nobleza y los ricos, e igualmente contra todos los que se niegan a basar su radicalismo en los cimientos de la fe en la voluntad divina (193).

El texto en cuestión, para Paul Bénichou, desató la condena final del Papa, y su ruptura personal e ideológica con el Vaticano (149). Después de la reconvencción del Papa, pues, ya para 1836 Lamennais se había separado definitivamente de la Iglesia católica, aunque nunca fue excomulgado. El fracaso del movimiento de Lamennais significó, asimismo, la pérdida para la Iglesia francesa de no pocos escritores románticos franceses, como Victor Hugo, Alfred de Musset, Alfred de Vigny y Lamartine (Johnson 388). Entre 1838 y 1840, los textos de Lamennais (como el *Livre du Peuple*:

¹⁶ Chateaubriand se había decepcionado ya de las posibilidades de cambio del Vaticano, durante su desempeño en Roma como embajador (Johnson 387).

¹⁷ Rivera escribe en *Las tres aventureras*: “El amor produce el liberalismo. / Por eso el autor del *Libro del pueblo*, y de *Las palabras de un creyente*, al escribir sobre la democracia, parece que le está cantando en una lira” (*TA*, 3ª parte, p. 149).

1838, *De l'esclavage moderne*: 1839, *Le pays et le gouvernement*: 1840) expresaron su compromiso con un régimen republicano como la mejor forma posible de gobierno.

Ya lejos de la Iglesia, Lamennais siguió produciendo escritos en los que defendía una comunidad democrática, enraizada en un cristianismo purificado; se hizo amigo de diversos escritores y activistas de la izquierda republicana, encabezó diversas causas y ayudó con generosidad a pobres y necesitados. También participó en la Asamblea Nacional como diputado, en 1848, y de nuevo en la Asamblea Constituyente de 1849. El acceso al poder de Napoleón III (1851) retiró a la vida privada a un Lamennais ya mayor y enfermo, que pasó los últimos años de su vida traduciendo el *Nuevo Testamento* y *La Divina Comedia*. Murió en 1854, luego de haber renunciado a los sacramentos, y fue enterrado sin ceremonia religiosa alguna en el cementerio de Père Lachaise.

La influencia de Lamennais¹⁸ entre los mexicanos¹⁹ no se limitó únicamente al campo de las ideas: su estilo vehemente, poético y exaltadamente romántico, fue el vehículo adecuado para la difusión de sus creencias, que encontró eco en el temperamento también romántico de nuestros escritores liberales.²⁰ Pantaleón Tovar, en *La hora de Dios*, habla de Lamennais más como un escritor que como un ideólogo:

¹⁸ Otro socialista religioso cuya presencia queda por rastrearse es Pierre-Simon Ballanche (1776-1847), quien rechazó el racionalismo del XVIII y lo sustituyó por un estilo poético y visionario, en particular en su texto *Du sentiment considéré dans ses rapports avec la littérature et les arts* (1801) (véase Viatte).

¹⁹ Covo menciona que Ignacio Vallarta, entre 1850 y 51, a los 20 años, tenía entre sus libros: "*Las confidencias*, de Lamartine, *Werther* de Goethe, *Considérations sur les causes de la grandeur des romains et leur décadence* de Montesquieu, *Les pensées* de Pascal, *Paul et Virginie* de Bernardin de Saint-Pierre, *Obras completas* de Fíguro, *Bug-Jargal* y *Le dernier jour d'un condamné à mort* de Victor Hugo, *Don Quijote*, las *Memoires* de Mme. de Stäel, *Conferencias sobre Jesucristo* del padre Lacordaire, *Defensa del ensayo sobre la indiferencia en materia de religión* de Lamennais, *El Gallo Pitagórico* de Juan Bautista Morales, *Actea* de Dumas y *El conde de Montecristo*, *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet, y obras de derecho penal y libros bíblicos" (Covo 313).

²⁰ Y antes de los novelistas liberales aquí considerados, entre los poetas conservadores mexicanos; véase el artículo de Pablo Mora (2001).

¿Cómo comenzaremos este capítulo?
 ¿Como Lamennais?
 Era una noche lúgubre y sombría... (HD 57)

Frente a los excesos de la monarquía, Lamennais terminó por inclinarse hacia un régimen republicano. Sus críticas a la monarquía restaurada en Francia (1851) y su alianza con la Iglesia católica, deben haberle parecido acertadas a José Rivera y Río, quien se ocupa, a su vez, de censurar acremente la unión entre la conservadora aristocracia mexicana y parte de la alta jerarquía eclesiástica. Al bretón le irritaba, en particular, la riqueza de algunos sacerdotes, el uso de su influencia dentro de la sociedad para hacerse de bienes o administrarlos para su bienestar personal; también reprochaba que algunos sacerdotes llevaran una vida licenciosa, totalmente alejada de los principios del cristianismo de pobreza y humildad entre los ministros de Dios. Estas ideas regeneradoras y purificadoras de las prácticas reprobables de algunos sacerdotes, formaron una parte importante del espíritu liberal que produjo las leyes de Reforma. En esta medida, se puede decir que la fundamentación de estas leyes tenía una base cristiana: la Iglesia debía abandonar los lujos y las vanidades y volver a sus orígenes de pobreza y humildad.²¹

Las críticas de José Rivera y Río expuestas en sus novelas concuerdan plenamente con esta posición. En ocasiones, tanto Rivera y Río como otros de los novelistas llamados sociales por Ignacio M. Altamirano, aspiran, no sólo a una depuración de las prácticas de parte de la Iglesia católica, sino una vuelta a un cristianismo más primitivo, considerado más auténtico.²² En *Las tres aventureras*, Rivera escribe:

²¹ Varios años después (1870) Altamirano publica *La navidad en las montañas*, donde algunas de estas ideas siguen vigentes: en esa novela corta aparece un cura de pueblo que no sólo vive de acuerdo con estos preceptos cristianos elementales sino que ha logrado convencer a sus feligreses de hacer lo propio.

²² En *El monedero*, cuando conocemos al padre Luis, el doctor Torrelblanca se niega a aceptar una paga por atender a los enfermos de la parroquia, con el siguiente argumento: "No, señor cura, cuando usted da en todas estas cercanías el ejemplo de una caridad tan ferviente, que recuerda los olvidados tiempos de los primeros días del cristianismo" (62).

La religión moderna, la del progreso y la fraternidad dictada por su Crucificado profeta y maestro, la enseña en todas sus palpitan-tes páginas; y desde entonces todos lloramos ante las víctimas, que amamos como a nosotros mismos: todos alimentamos una repul-sión tan generosa como espontánea hacia los opresores.

Los cristianos aman la humanidad.

El cristianismo es la virtud y la razón.

Él ha dictado las tres primitivas leyes del código democrático:

LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD! (TA 122-123; las mayúsculas están en el original.)

El lema de la Revolución francesa²³ aparece mezclado aquí con una suerte de cristianismo primitivo, más puro, más espiritual, me-nos contaminado por las flaquezas y los egoísmos humanos. El pro-pio Lamennais llevó a cabo esta síntesis en su libro *Du passé et de l'avenir du peuple* (1841) (*Sobre el pasado y el porvenir del pueblo*),²⁴ donde intentó una historia del “pueblo” desde sus inicios, pasando por las sociedades griega y romana, hasta llegar a la etapa cristiana. En el capítulo sobre la “Sociedad cristiana”, Lamennais atribuye los ideales de la Revolución francesa a los inicios del cristianismo:

Participando de una misma naturaleza, todos los hombres fueron iguales ante Dios, hermanos entre sí, en el sentido más estricto y más universal de la palabra, investidos de los mismos derechos y sometidos a los mismos deberes. Igualdad, fraternidad y libertad por consecuencia; tal fue, bajo este concepto, el sumario de la doc-trina evangélica, la fórmula, en cualquier aspecto, que los hombres en adelante trataron de realizar por un trabajo no interrumpido, cuyo último término era la constitución de la humanidad en la unidad perfecta (44).

En la ya mencionada novela de Rivera, *Las tres aventureras*, el

²³ Según Johnson, la Revolución francesa produjo en la Iglesia católica la idea de que las tiranías son de diversos tipos: hay tiranías de la razón, ideológi-cas, del progreso, e incluso de la libertad, igualdad y fraternidad. En cualquier caso, existía la convicción de que era necesaria una ley divina para poner freno a las fuerzas humanas (385).

²⁴ En El Colegio de México está el ejemplar que consulté, en español.

narrador defiende las ideas liberales y católicas de los embates de la aristocracia y de los malos sacerdotes en los siguientes términos:

Heregía y locura!

De esto nos acusan las clases privilegiadas, cuando en el Evangelio hemos leído los derechos de la humanidad, cuando las profecías sagradas nos prometen su rehabilitación.

Es para ellos extravío de la razón, las leyes de libertad, igualdad y fraternidad!

Acordémonos que Jesucristo murió en el suplicio de la cruz por sedicioso (TA, 3ª parte, p.4).²⁵

En *Esqueletos sociales*, del mismo Rivera y Río, el filósofo Felipe en su Catecismo titulado “Igualdad, libertad, fraternidad”, plantea de manera abierta el credo liberal, aunado a los ideales de la Revolución francesa y a la aspiración de un cristianismo más fundamental y puro. Otra coincidencia entre estos dos hombres es perceptible en la defensa que ambos hacen de los pobres y miserables, frente a cualquier forma de opresión.

También de la época de la Revolución francesa provienen las referencias a Dios en estas novelas mexicanas como el “Divino Autor” (TA 207-208), o “El Hacedor del mundo” (HD 25). Otro ejemplo aparece en *El hambre y el oro*, donde se habla de “la naturaleza, nuestra señora y madre, obra sublime del Creador, recibiendo su poder de la Inteligencia Infinita!” (HO 40).

En *La coqueta*, la voz narrativa, plenamente identificable con la de su autor Nicolás Pizarro, también concuerda respecto de la necesidad de la religión para la vida social, en los siguientes términos:

La religión es la creencia que cada uno tiene respecto de la divinidad, y del modo con que debe honrarse y venerarse, mientras que los sacerdotes son únicamente los ministros del culto público que tal creencia produce. La religión, en sí misma, es siempre buena y necesaria para la sociedad, mientras que los ministros son buenos o

²⁵ Para el canónigo Contreras, en *Fatalidad y providencia*, libertad e impiedad son sinónimos (220).

malos según sus pasiones, y conforme cumplen o no con lo que enseñan, que si son malos, por cualquier causa, debe estorbárseles que hagan el mal (60).

Así lo afirma igualmente Andrés Iturbide, de manera explícita en la misma novela, al defender al gobierno constitucional de Benito Juárez: “La religión, en sí misma, es siempre buena y necesaria para la sociedad, mientras que los ministros son buenos o malos según sus pasiones” (60).

Importa insistir, pues, que no se trata, en ningún momento de esta etapa de la defensa de la ideología liberal, en las líneas de estos novelistas, de prescindir de la religión,²⁶ ni de los sentimientos religiosos: recordemos la cita de *Las tres aventureras* (453) incluida arriba. De hecho, siguiendo probablemente de nuevo a Lamennais, estos novelistas liberales sostienen que la religión no sólo es un factor importante para el orden social, sino necesario (Oldfield 63).

Otra huella de las ideas de la Revolución francesa aparece en *El hambre y el oro* de José Rivera y Río, cuando Julián le cuenta a Cecilia que ha asistido a una reunión donde fundarán “la fraternidad universal” (14). Al salir de la casa de su amiga, lo hace cantando la Marsellesa (*HO* 32). En un lenguaje similar envuelve Pantaleón Tovar a Gerónimo, el protagonista de *La hora de Dios*:

En política era de los hombres que creen, que desean, que buscan el progreso. Porque el amor es progreso, puesto que es una aspiración a la perfectibilidad.

Sus escritos respiraban esos sentimientos fraternales, que realizados, harían que los hombres fueran enlazados de la mano al porvenir (*HD* 11).

La declaración de la igualdad entre los hombres, también proveniente de la Revolución francesa, aparece con cierta frecuencia en las novelas románticas. Lamennais, siguiendo a Rousseau, era un creyente y un defensor de la igualdad entre los hombres. Inspirado por esta misma idea, el folletinista y dandy francés Eugenio

²⁶ El caso de Francisco Zarco es la excepción a la regla.

Sue, en *Los misterios de París*, incluye a unos personajes incidentales de raza negra, a quienes, al menos en el nivel declarativo, se afirma considerar como iguales. Sin embargo, el trato de igualdad queda relegado para el otro mundo y no para éste (*MP* 1: 142). Algo similar sucede en las novelas de Rivera: si bien los héroes provienen sobre todo de las clases medias, ocasionalmente aparece algún indio e incluso algún negro. El narrador defiende la igualdad entre los hombres y condena explícitamente el racismo hacia indios y negros de uno de los personajes en *Fatalidad y providencia*, pero, en la práctica —igual que en la novela de Sue—, la justicia para ellos se pospone para el “otro mundo”.²⁷

Lamennais no sólo creía en la religión como la base de la solidaridad social (Oldfield 100), sino, en particular, en el cristianismo como una doctrina de regeneración²⁸ terrena (Bénichou 143). Pizarro, en *La coqueta*, declara a través de Andrés:

Los verdaderos liberales son y debe ser así, tolerantes y sinceramente piadosos, siquiera porque la obra que han emprendido, de regenerar a todo un pueblo, es tan grande, que sin el auxilio del Todopoderoso, nunca llegarían a darle cima (63).

Y en *El monedero*, del mismo autor, el padre Luis hace, entre otras, las siguientes reflexiones, antes de decidirse a ayudar a Fernando Hénkel:

Veamos lo que la divina sabiduría ha inspirado a los primitivos cristianos, [...] porque me parece que mientras la actual civilización no se depure, volviendo a las doctrinas que han regenerado al mundo, y que ahora parecen olvidadas, no podrá levantarse de la abyección en que la ha hundido el egoísmo, ni liberarse de la impotencia para el bien, en pos del cual se fatiga vanamente (78-79).

²⁷ Esto se afirma sin el ánimo de minimizar la preeminencia supuesta de la justicia divina, eterna, inescapable, por encima de la justicia humana (Bénichou 127).

²⁸ Este concepto transita a lo largo de todo el siglo XIX en Francia, España y México.

Los valores implícitos y explícitos en las novelas de Rivera y Río también participan de estas ideas, pues en ellas el punto de partida es que la sociedad funcionaría mejor si los ricos se rigieran con valores cristianos como la piedad, la compasión, la caridad y la generosidad. Pantaleón Tovar, por su parte, al iniciar *La hora de Dios*, establece quiénes no son los destinatarios de su libro: “los que no sientan su alma capaz de los grandes sacrificios, de la fe que vivifica, de la esperanza que fortalece, de la resignación que salva, que cierren estas hojas. No las hemos escrito para ellos” (7).

Si bien, como ya se dijo, las ideas de Lamennais subyacen en varias de las novelas de Rivera, en *Esqueletos sociales* no sólo lo menciona y lo cita ampliamente, sino que abiertamente recomienda su lectura:

Recomendamos mucho a nuestros lectores el *Libro del pueblo* y sus *Palabras de un creyente*, si quieren ponerse a la altura de nuestro desventurado personaje.

Así como Felipe se había hecho demócrata leyendo a este famoso escritor, en su sistema político adoraba a Girardin,²⁹ que ha emancipado a la humanidad de todos los yugos; [...].

Felipe y sus correligionarios, con mejor concepto de la humanidad, buscan su perfección: la paz en el presente, y el progreso en el porvenir (ES 215).

Los personajes de Rivera que no practican estas mismas virtudes están claramente colocados del lado oscuro y malvado de la vida, y reciben un castigo adecuado (si son personajes protagónicos, en este mundo; si son secundarios, en el siguiente). Como Lamennais, Rivera parece creer que un cambio en las creencias y

²⁹ Saint-Marc Girardin, mejor conocido simplemente como Marc Girardin (1801-1873) escribió textos tanto literarios como políticos. Fue defensor de la burguesía liberal en encendidos artículos publicados en *Le Journal des Débats*. Algunos de sus títulos incluyen: *Éloge à Le Sage* (1826), *Curso de literatura dramática o Sobre el empleo de las pasiones en el drama* (1843-1863), *Souvenirs et réflexions politiques d'un journaliste* (1859), *De la formation du public en France* (1869) y *Étude sur Jean-Jacques Rousseau* (1870). Quedan por rastrear otras menciones a este escritor entre los mexicanos decimonónicos.

en las prácticas de la sociedad traerá consigo un cambio en el ámbito político (Oldfield 80). La misma idea aparece, por cierto, en *Los misterios de París* de Eugenio Sue, no sólo en las declaraciones de Rodolfo (“No os olvidéis de que el ser rico... es tener mucho que dar” [1: 129]), sino de manera muy importante, en sus acciones. Esta conminación, tanto de Sue como de Rivera y Río, alberga un cierto paternalismo hacia los pobres al dirigirse a los ricos y apelar a su compasión y caridad para mejorar la situación de los menos favorecidos.³⁰ Se trataría, en última instancia, de una especie de “filantropía paternalista” como la expresada por Vicente Méndez en un artículo recopilado por Covo en el Anexo XVI (588-592), denominado “Pobres y ricos” —igual que una novela de Rivera—, publicado en *El Siglo XIX* (19 de mayo de 1856). En *Mártires y verdugos* escribe: “Ahora; si creéis, gozad esperando las dulces promesas del cristianismo, haciendo el bien de los menesterosos, procurando aliaros con el pueblo, libertándolo de la esclavitud que le impusierais” (*MyV* 94-95). Rivera, de nuevo como Lamennais, no se limita a exigir un castigo para los infractores de las leyes cristianas, sino que acepta, e incluso aprueba la rebeldía y la oposición activa de parte de las víctimas, cuando emprenden algún tipo de acciones en contra de sus verdugos. Según el bretón, cuando “el pueblo” se veía sometido a una tiranía, tenía derecho de oponérsele. Así, en *Mártires y verdugos*, el grabador Ricardo hiere con un puñal al catrín Félix, marcándolo de por vida. Además, al intentar huir, el calavera cae, se rompe la pierna, que —en un exceso melodramático— debe luego ser amputada. El narrador comenta:

Ojalá que ese pueblo tan sufrido escarmentase a los seductores que se arrojan a turbar la paz doméstica de las familias, deshonorando a las vírgenes y cubriendo de baldón a los padres.

³⁰ Los liberales se oponían a leyes específicas que protegieran a los más débiles, aduciendo que ello se opondría a la idea de igualdad entre todos los hombres. De hecho, a fin de terminar con los privilegios, en el sentido literal (leyes privadas), y de tratar de la misma manera a todos los hombres, se abolieron los tribunales eclesiásticos. Ante la ausencia de estas leyes, algunos liberales, como los novelistas sociales, parecen sugerir la caridad cristiana, que podría, en alguna mínima medida, paliar las desigualdades, por ejemplo, entre pobres y ricos.

Toda vez que un puñal sea la [sic] arma de la reparación, lo consideramos como el rayo de la justicia popular.

En el suplicio de Félix había algo de las expiaciones mitológicas que los pueblos antiguos conservaban como sublimes modelos contra la impunidad (*MyV* 239).

La misma idea está presente en *Los misterios de París*: “a la violencia que mata”, Rodolfo “opone la violencia que redime” (*MP* 1: 144).

En los novelistas sociales mexicanos convivían dos tendencias contradictorias. Por un lado, defendían el liberalismo, cuya base y fundamento es el individuo; pero por otro, el nuevo movimiento religioso impulsado, entre otros por Lamennais, censuraba precisamente a ese individualismo, en la medida en que no reconocía las más elementales solidaridades sociales. Lamennais, como Joseph de Maistre³¹ y Chateaubriand, creía que la religión era la base de todo orden social. También como Rousseau, Lamennais creía en la necesidad social de la religión y en el carácter sublime de un cristianismo puro, con un sentimiento moral. Junto con Maistre, el bretón consideraba que el cristianismo era incluso anterior a Cristo, vinculado a una revelación divina que estaba en el origen de la historia de los hombres y le da un significado a los sucesos y eventos. Si bien algunas de las preocupaciones de Lamennais no fueron planteadas originalmente por él, y pueden considerarse como parte del *Zeitgeist*, puesto que eran exploradas por otros pensadores, es posible señalar al bretón como una de las referencias importantes para los novelistas sociales mexicanos. Los escritos del bretón encontraron resonancias entre los de los autores mexicanos aquí mencionados, en las áreas del liberalismo y la religión, vertidas en el campo literario. Entre estas tendencias que ya habían sido planteadas por contemporáneos de Lamennais, o por pensadores previos a él, podemos mencionar las siguientes: la vinculación de la religión con la libertad, propuesta por Joseph de Maistre (1753-1821) y François Auguste René Chateaubriand

³¹ Autor de *Considérations sur la France* (1796), donde expone sus teorías místicas.

(1768-1848); la consideración de la fe religiosa como un asunto más del corazón que de la razón, presente, entre otros escritores, en Chateaubriand y Blaise Pascal (1623-1662); la creencia en que los hombres poseen una religiosidad básica, mencionada también por Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), Louis-Gabriel-Ambroise de Bonald (1754-1840) y Benjamin Constant (1767-1830); la tolerancia a todos los cultos, planteada en la Declaración de los derechos del hombre; o la propuesta de depurar las prácticas reprobables entre algunos sacerdotes y volver a la pobreza, la humildad y la castidad, es decir, a un cristianismo más simple, que también fue planteada por Rousseau, Pascal y por Constant.

De Lamennais, pues, hechas las aclaraciones previas, de entre lo que atrajo a los novelistas sociales, por coincidir con sus propias tendencias, podemos mencionar los siguientes elementos: 1) la idea de que la religión debe encontrarse en la base de toda sociedad.³² De esta primera idea se desprende 2) la creencia en el papel regenerador de la religión dentro de la sociedad, en la medida en que plantea códigos morales de conducta que son benéficos, y que los hombres pueden unirse con la sociedad a través de su participación común en la verdad. 3) La tolerancia hacia la práctica de todos los cultos. 4) La idea de que el régimen republicano es el mejor de todos. 5) La necesidad de renovar y actualizar a la iglesia católica, y volver hacia prácticas más antiguas, y por tanto, más auténticas del cristianismo. De este punto se desprende el siguiente: 6) la idea de que es necesario practicar las virtudes cristianas como la caridad y la solidaridad con los más necesitados, los pobres y los desgraciados. Para concluir, hay que insistir en que todos estos planteamientos fueron expresados en el lenguaje altamente emotivo y vehemente propio del romanticismo, en el que estos novelistas sociales se involucraron gustosamente.

³² Incluso Voltaire siempre subrayó la necesidad, de parte del Estado, de una religión que sirviera para que la gente común y corriente aceptara las reglas diarias de la sociedad (Johnson 362).

ABREVIATURAS

Novelas de José Rivera y Río:

<i>Las tres aventureras</i>	TA
<i>Fatalidad y providencia</i>	FP
<i>Mártires y verdugos</i>	MV
<i>El hambre y el oro</i>	HO
<i>Esqueletos sociales</i>	ES
<i>La virgen del Niágara</i>	VN
<i>Pobres y ricos de México</i>	PR

Novelas de Pantaleón Tovar:

<i>La hora de Dios</i>	HD
<i>Ironías de la vida</i>	IV

Novela de Eugenio Sue:

<i>Los misterios de París</i>	MP
-------------------------------	----

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRANO, IGNACIO MANUEL. *La navidad en las montañas*. En *Obras completas*. III. *Novelas y cuentos*. I. Ed. José Luis Martínez. México: Secretaría de Educación Pública, 1986. 95-152.
- “Revistas literarias de México”. En *Obras completas*. XII. *Escritos de literatura y arte*. I. México: Secretaría de Educación Pública, 1988.
- APARICI, P. y GIMENO I. (ed.). *Literatura menor del siglo XIX*. Barcelona: Anthropos, 1996.
- BÉNICHOU, PAUL. *El tiempo de los profetas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- CARBALLO, EMMANUEL. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. México: Universidad de Guadalajara / Xalli, 1991.
- COLE, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista. Los precursores 1789-1850*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980.
- COVO, JACQUELINE. *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- DE PAZ, ALFREDO. *La revolución romántica*. Madrid: Tecnos, 1986.
- DÍAZ COVARRUBIAS, JUAN. *Obras*. 2 vols. Ed. y estudio de Clementina Díaz y de Ovando. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

- FLITER, DEREK. *Teoría y crítica del romanticismo español*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- JOHNSON, PAUL. *A History of Christianity*. 1976. Harmondsworth: Pelican Books, 1980.
- LAMENNAIS, ROBERTO. *Sobre el pasado y el porvenir del pueblo*. Barcelona: Sopena, s.f.
- MORA, PABLO. "Manuel Carpio: poeta entre ruinas". *Literatura Mexicana* XI.1 2000: 61-77.
- "Restauración y catolicismo en las letras de México: 1830-1850". En *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. Ed. Rafael Olea. México: El Colegio de México, 2001. 615-630.
- OLDFIELD, JOHN J. *The Problem of Tolerance and Social Existence in the Writings of Félicité Lamennais 1809-1831. Studies in the History of Christian Thought*. V. VII. Leiden: Heiko A. Oberman / E.J. Brill, 1973.
- OSEGUERA DE CHÁVEZ, LYDIA. *Historia de la literatura mexicana. Siglo XIX*. México: Alambra Mexicana, 1990.
- PESSIN, ALAIN. *Le Mythe du peuple et la société française du XIXe siècle*. París: Presses Universitaires de France, 1992.
- PICARD, ROGER. *El romanticismo social*. (1ª. ed. en francés: 1944). Trad. Blanca Chacel. México: Fondo de Cultura Económica, 1947.
- PIZARRO, NICOLÁS. *La coqueta*. La Matraca 9. México: Publicaciones y Bibliotecas, Secretaría de Educación Pública / Premia Editora, 1982.
- *El monedero*. México: Imprenta de N. Pizarro, 1861.
- REYES HEROLÉS, JESÚS. *El liberalismo en pocas palabras*. Selección de Adolfo Castañón y Otto Granados. Sepsesentas 100. México: Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública, 1985.
- RIVERA Y RÍO, JOSÉ. *Las tres aventureras*. México: Tipografía de Nabor Chávez, 1861.
- *Fatalidad y providencia*. México: Impr. V.G.Torres, 1861.
- *Mártires y verdugos*. México: Tipografía de Nabor Chávez, 1861.
- *El hambre y el oro*. México: Imprenta de J. Rivera e hijo y compañía, 1869.
- SANDOVAL, ADRIANA. "Presentación". A *El diablo en México* de Juan Díaz Covarrubias. Clásicos para nuestro tiempo. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000. 9-12.
- SUE, EUGENIO. *Los misterios de París*, 2 vols. México: Porrúa, 1987. *Sean Cuantos...* 525-526.
- TOVAR, PANTALEÓN. *Ironías de la vida, novelas de costumbres nacionales*. Por el joven mexicano D. Pantaleón Tovar, autor del drama titula-

- do *La catedral de México*. Tomo I. México: Imprenta de J.M. Lara, [Calle de la Palma 4], 1851.
- *La hora de Dios, Novela de costumbres mejicanas*. La Habana: Villa y hermanos, impresores, 1865.
- VAREILLE, JEAN-CLAUDE. *L'homme nasqué, le justicier et le detective*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon, 1989.
- VIATE, AUGUSTE. *Les sources occultes du romantisme. V. 1. Illuminisme Théosophie. 1770-1820*. Paris: Librairie Ancienne Honoré Champion, 1928.
- WARNER, RALPH. *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México: Antigua Librería Robredo, 1953.